

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Sefiorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CIL.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, ABRIL 1º DE 1875.

{ NUM. 81.

SEVERIDAD E INDULGENCIA.

—Estoy admirada, hija mia, de no verte mas contenta. ¿Olvidas que vamos á comer hoy en casa de nuestra amiga doña Carlota?

—¡Ah! mamá mia, si le he de decir á vd. la verdad, mas me alegrára que fuésemos á otra casa.

—¿Cómo es eso! doña Carlota es muy amable, y además, su hija Adelaida es íntima amiga tuya.

—Si, mamá, pero.....

—Vamos, acaba.

—Maldito lo que me divertiré en casa de mi amiga.

—¡Me dejas pasmada! Vamos, explícate francamente.

—Yo no sé cómo decir á vd. que.....

—Digas lo que quieras, lo cierto es que yo te veo buscar y acariciar á Adelaida. ¿Serán acaso falsas ó hipócritas estas demostraciones de amistad?

—No, mamá, no; pero yo tengo envidia de Adelaida.

—¡Envidia! mírame bien, hija mia, y hablemos seriamente, yo no puedo creer semejante cosa.

—¡Si supiera vd. qué fortuna tiene! ¡Tiene unos juguetes! ¡pero qué juguetes! ni los hijos de la reina los tendrían mejores.

—¿Y es eso lo que te causa envidia? Sin embargo, yo creo que se juega lo mismo con juguetes de poco valor, y sin miedo de romperlos. Acuérdate de que algunas veces la misma Adelaida ha querido mejor divertirse con tus juguetes que con los suyos.

—Es verdad, mamá; pero Adelaida tiene unos vestidos tan hermosos, que parece una la puerca cenicienta al lado suyo.

—¡Vaya, tú estas soñando! Hasta ahora nadie ha echado de ver la elegancia de esa niña, y en tu edad, un vestido mas ó menos lujoso, es cosa de tan poca importancia, que ni siquiera concibo pienses en ello. Alguna otra cosilla será la que te inquiete.

—Sí, mamá, contestó la niña bajando los ojos.

—Pues es preciso decírmela.

—No me atrevo.

—A mí nada se me debe ocultar, ó de lo contrario me enfadaré.

—Pues ya que es preciso decirlo, su mamá nunca se enfada con Adelaida, aunque haga cuanto le dá la gana; nunca la regaña, y la dá al instante cuanto quiere. ¿Que no estudia las lecciones? Pues señor, nada importa, por eso no la llaman ni hólzana ni terca. Si quiere, se está en la cama hasta las doce de la mañana, así como por la noche, nadie lá manda que se vaya á acostar. Dice todo cuanto le

viene á la boca, y siempre su madre la llama ángel mio, vida mia, tesoro mio. Todavía no sé que la hayan castigado una vez siquiera.

—Ya entiendo; comparando tu suerte con la de Adelaida ¿quisieras cambiar de madre?

—¡Oh no! ¡Eso sí que no! exclamó la niña arrojándose casi llorosa al cuello de su mamá.

—¿Entonces querrias que te mimara y te echase á perder con esa excesiva indulgencia que con Adelaida tiene su madre?

—Tanto no, pero un poquito solamente.

—Te prometo todo el mimo y la indulgencia que quieras, si verdaderamente Adelaida es tan feliz como tú te piensas, y esta es cosa que la hemos de conocer hoy mismo, pues hemos de pasar todo el día junto á esa niña, y así, mejor que en visitas de media hora, es como se puede apreciar la felicidad de las personas.

Así hablaban Anita y su madre dentro de una berlina, que cruzaba rápidamente por las calles de la capital, bien humedecidas por la lluvia de los dias anteriores. Habian aprovechado aquel dia que estaba algo sereno, para aceptar el convite de doña Carlota, que en cuanto sintió parar el coche, salió á recibir á sus amigas con aquel agrado que la cortesía impone á las amas de casa. Adelaida no salió

con su madre, y cuando le preguntaron por ella, respondió con tono triste, que hacia ya una hora que estaba indispueta. Llevaba ya hacia la sala á Anita y á su madre, cuando vinieron á inquietarla los gritos descompasados de «mamá, mamá.» No hizo caso al pronto, pues queria ser cortés con sus huéspedes; pero los gritos de mamá empezaron de nuevo, con redoblada impaciencia. Al mismo tiempo, Adelaida se presentó en el extremo del corredor, en camisa y con las piernas al aire. Su madre no vió, ni consideró mas que el peligro que su hija corria de constiparse, y abandonó bruscamente á sus convidadas. Anita se acercó para abrazar á su amiga y decirle *aquí me tienes*; con aquel tono de voz que significa *¡Cuánto nos vamos á divertir!* Pero la niña mimada que estaba entónces de muy mal humor, se entró en su cuarto, dando á las visitas con la puerta en los hocicos.

La buena de doña Carlota, viendo á su tirano tan irritado, se entró apresuradamente en el cuarto de Adelaida, y Anita se volvió con su madre, que se habia quedado en medio del corredor, sin mas compañía que la del criado y la cocinera, que hacian esfuerzos por disimular la risa. Les hubiera preguntado de buena gana la causa de aquella pretendida indisposicion de Adelaida, pero repugnaba á su delicadeza, excitar á los criados á burlarse de las flaquezas de su ama. Felizmente, salió entónces la doncella, á la que preguntó con confianza, así que estuvieron solas:

—¿Qué le ha sucedido á la pobre Adelaida?

—Nada de particular, señora, créame vd., y si pasa el dia con nosotros, ya verá vd. mas de una escena de este género. Esta mañana se nos anunció tendríamos hoy el placer de ver á vdes., proponiendo que no se saliese á paseo, para estar aquí cuando vdes. llegasen. Una señora forastera, á quien pronto va vd. á ver, se conformó al instante, y á mí me convenia tambien el no salir de casa; pero la señorita Adelaida se opuso, pidiendo con empeño el salir á paseo. Larga discusion entre la madre y la hija, y como aquí siempre sucede, la última fué la que triunfó. Mi ama, que sabe es una grosería el salir de casa cuando se espera gente convidada, trató de ganar tiempo, esperando que á su hija se le pasase aquel capricho; pero no fué así, y Adelaida no desistió de su tema del paseo. Trajeron una óptica que estaba de reserva para distraer á la niña, pero ésta la rechazó con tal violencia, que cayó de la mesa abajo, y se hizo pedazos uno de los cristales. Como que conoció los pretextos que su madre andaba buscando para no salir, empezó á desesperarse y á gritar de una manera, sin duda desconocida para vd., que tiene una niña tan juiciosa. El acceso de cólera fué seguido de lágrimas abundantes; y despues, la caprichosa niña, diciendo que le dolia la cabeza, quizo irse á acostar. Ahora sin duda quiere ya levantarse, pues no puede permanecer un cuarto de hora seguido en un mismo sitio.

Anita se quedó con la boca abierta al escuchar esta relacion, pero todavía no se le quitó la envidia que tenia á Adelaida, porque solo pensaba entónces en las reprensiones que á ella le hubiera valido una conducta, por la que á su amigueta no decian una palabra.

Hubo un momento de placer para las dos niñas, y fué cuando Adelaida llamó á Anita á su tocador y ostentó delante de ella sus vestidos, cintas y adornos, demasiado costosos para una niña tan pequeña.

—¡Ah! ¡Qué feliz es! decia Anita entre sí, pero su mamá debia acostumbrarla á no estarse tanto tiempo en el tocador, porque esto es fastidioso y valia mas estar jugando. ¡Ah! ya acabó ¡gracias á Dios!

Anita se engañaba: no bien habia acabado la doncella de echar los corchetes al vestido de Adelaida, cuando se le antojó á ésta ponerse otro. Nunca la contrariaban, pero como entónces se retardasen algo en traer el vestido, tiró con tal fuerza del que tenia puesto, que desgarró en un instante una hermosa falda de muselina de lana.

Anita quedó pasmada á vista de aquel destrozo, diciendo entre sí:

—¡Qué fortuna tiene Adelaida en que no la en-

cierren á pan y agua en el cuarto oscuro, por esta falta tan garrafal!

Concluido el tocador, Adelaida quiso bajar á un jardincito que tenia.

La tierra estaba todavía empapada en agua, y los árboles tenian mucha humedad, de modo que era lo mas prudente estarse en casa; pero Adelaida sostuvo con tal terquedad que hacia buen tiempo, que su madre hubo de ceder, y la de Anita consintió tambien, porque deseaba que su hija apreciase bien toda la felicidad que su mimada amiga disfrutaba.

Las dos niñas se agarraron de las manos y bajaron al jardin.

—¿A qué jugaremos? preguntó Anita.

—Juguemos á correr; contestó Adelaida.

Toda persona de juicio hubiera creído que no era conveniente correr sobre un terreno empapado en agua, y los niños abandonados á sí mismos, deben preguntar á las personas de experiencia lo que sea mas conveniente; pero Adelaida no tenia génio para eso, y empezó á correr la primera. Anita, sintiendo que se le calaban sus lindos zapatitos, dijo á su compañera:

—Mira, Adelaida, que se mojan los piés.

Pero esto solo bastaba, para que la otra quisiese continuar el juego; así es que contestó con ironía.

—Eso no importa ¡vaya qué delicada eres!

Apénas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando su pié resbaló, y ¡zas! fué á dar de lleno en un charco de agua llovediza y de arena amarillenta; no se hizo daño, pero el vestido lo pagó todo, y Adelaida, que no pecaba de económica, se puso entónces á lamentar la pérdida de su hermoso vestido de gró negro de Nápoles; en su cólera, se puso á patalear dentro del charco, salpicando de piés á cabeza á la pobre Anita, que se acercaba á socorrerla.

Las dos niñas volvieron á casa despues de un cuarto de hora de ausencia. Adelaida lloraba de corage y Anita estaba bastante inquieta, pues no sabia cómo la recibiria su mamá. No la reconvino, pero la envió á cambiar de vestido, y como esta mudanza no fué de su agrado, se atrevió á decir que doña Carlota no debia permitir que su hija bajase al jardin cuando hacia mal tiempo.

Al volver Adelaida á casa, se acordó de la óptica que habia rehusado por la mañana; pero como un cristal estaba roto, empezó á impacientarse y quiso que al instante pusiesen otro.

—Pero, ángel mio, dijo su madre, no le tenemos en casa y será preciso que vayan á comprarle.

—Pues bien, sí, que vayan á comprarle.

—Si quisieras esperar un poquito, amor mio, porque el criado tiene bastante que hacer, y además, no llegaria á tiempo para servirnos á la mesa. ¡Pero, Dios mio, no llores, que te vas á poner mala!

En vano Anita propuso á su amiga que se entretuviese con otros juegos: la caprichosa niña se empeñó en tener su óptica, y llamando por sí misma al criado, sin mas explicaciones, le dijo:

—Juan, vas á ir al instante á buscar un cristal para mi óptica.

—No puedo, señorita, porque tengo que servir á la mesa dentro de breve rato.

—Yo te digo que vayas, yo lo quiero.

—Pero señorita.....

—Mamá, dile que no replique.

—Juan, no la contradigas, dijo entónces la mamá. Anda por el cristal, que la cocinera servirá á la mesa por tí, y estas señoras disimularán.

Las señoras convidadas se apresuraron á tranquilizar á la mamá, pero no pudieron ménos de mirarse una á otra como diciendo: ¡Qué lástima de mujer!

El criado salió, y Adelaida satisfecha tuvo paciencia por una media hora, al cabo de la cual pidió de nuevo su óptica. Fué preciso que la doncella dejase la labor para acomodar el cristal roto, lo que era imposible. Exigió en seguida de su madre que pasase las estampas en la óptica aunque no tuviese cristal; pero como así no producian efecto, se marchó aburrida á un rincon. Anita, ya completamente fastidiada con una compañera de esta especie, fué á sentarse al lado de su madre, con deseos ya de salir de aquella casa.

El resto del dia se pasó con el mismo aburrimiento, y apénas concluida la comida, se despidieron las señoras convidadas. Apénas Anita estuvo sola con su madre, cuando ésta preguntó:

—Y bien, Anita, crees que Adelaida sea feliz con tanto mimo é indulgencia?

—¡Oh! no, mamá, de ningun modo.

—Me alegro de que lo conozcas por tí misma. Por lo que hace á mí, ya hace tiempo que tengo conocido que lo que proporciona á los niños salud, buen carácter y felicidad, es una severidad prudente, mas bien que una excesiva indulgencia.

El vaquero y el guarda-bosque.

(FABULA.)

Las vacas de su padre Colin cuidando estaba, Cuando salió del bosque Muy enfadado el guarda, Diciendo: todo el llano Recorro desde el alba Tras un macho de monte Que vide esta mañana, Y se me huyó dos veces. —Detrás de aquellas ramas, Le respondió el vaquero, Há poco que se hallaba; Y así, si estás cansado, Queda á guardar mis vacas, Que yo traerle ofrezco. —¡Oh! sí, sobre la marcha; Toma escopeta y perro, Y cumple la palabra.

El vaquero se apresta, Llama á Sultan, le halaga, Y de Sultan seguido Corre la selva larga. Vá, viene, torna, huele, Siente, y allí se pára; Salta la bestia al cabo; El buen Colin dispara, Y en vez de darla á ella, Al pobre Sultan mata. Vuelve triste y mohino Á la pradera, y halla Que el guarda-bosque ronca. Y que sus vacas faltan. Laméntase el cuitado, Arráncase las barbas, Y corre una y mas veces En vano la comarca; Hasta que ya resuelto, Al cabo sin sus vacas, Antes de que anochezca La vuelta dá á su casa, Y á su impaciente padre Refiere su desgracia. El viejo, enfurecido, Enarbola y descarga Sobre Colin un leño Diciendo estas palabras: Si cada cual atento De su deber cuidara, Ni las vacas se huyeran, Ni tú á Sultan mataras.

Lector, aplica el cuento, Guardarás tus espaldas.

Los dos caminantes.

(FABULA.)

Tomás y Lubin á pié Iban al pueblo inmediato, Y Tomás, en el camino, Halló un bolsillo tamaño: Lubin, muy alegre exclama: Tenemos un gran hallazgo. ¿Tenemos? Tomás replica Con un aire sosegado: Yo le tengo; y encerró Dentro de su seno el gato.

Calló Lubin; pero á poco,
Junto á un bosque columbraron
A una tropa de ladrones;
Y Tomás al atisbarlos,
—Perdidos somos, le dijo.
—¿Somos? te has equivocado,
Respondió Lubin; tú solo
Serás perdido en tal caso.
Escapa, y Tomás se queda
De su miedo acompañado,
Hasta que dió á los ladrones,
A su pesar, el hallazgo.

*Quien no dá parte á su amigo
De la suerte que ha logrado,
No cuente con él, si luego
Llega a ser desventurado.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION QUINTA.

De las dos diferentes formas de visitas.

I

Las visitas pueden ser *en persona* ó *por tarjeta*. Una visita en persona es aquella que hacemos presentándonos en la casa del que ha de recibirla, ya sea que lleguemos á verle, ya sea que le dejemos nuestra tarjeta; y una visita por tarjeta, la que hacemos limitándonos á enviar ésta desde nuestra habitacion.

II

No es libre en todos los casos hacer las visitas en una ú otra forma: las reglas de la etiqueta ofrecen gran variedad en este punto, y segun vamos á verlo, hay visitas que debemos hacer siempre en persona, otras que generalmente se hacen por tarjeta, y otras, en fin, que pueden hacerse indiferentemente en persona ó por tarjeta.

III

Tambien hay variedad en las mismas visitas en persona, pues hay algunas que no se nos imputan como tales si no llegamos á ver á las personas á quienes las hacemos, y otras que son válidas aun en los casos en que, limitándonos á llenar la fórmula de presentarnos en persona, omitimos anunciarlos y tan solo dejamos nuestra tarjeta.

IV

Las visitas de presentacion, como bien se deduce de su propia naturaleza, no pueden ménos que hacerse en persona, sin que nos sea hecho dejar tarjeta cuando no lleguemos á ser recibidos; mas la segunda visita de que habla el pár. xv de la sec. 2ª, art. 2º, es válida, si por no encontrarse en su casa ó no estar de recibo la persona á quien hemos sido presentados, le dejamos nuestra tarjeta.

V

Cuando al hacer nuestra primera visita á la persona que nos ha sido presentada especialmente, no podamos ser recibidos, dejaremos nuestra tarjeta; mas no será válida esta visita hasta que no la repitamos, ya sea que en la segunda vez se nos reciba, ó que nos veamos de nuevo en el caso de dejar tarjeta. Lo mismo se entiende respecto de la visita que debemos á la persona á quien hemos sido presentados por una carta, cuando ella se anticipa á venir á nuestro alojamiento sin haber recibido nuestra visita de presentacion (párrafo x, seccion 4ª, art. 2º).

VI

Entre caballeros, una visita de ceremonia y cualquiera otra de etiqueta que no sea de negociós ó de presentacion, puede reducirse á dejar el visitante su tarjeta sin llegar á anunciarse, aunque el visitado se encuentre en su casa, siempre que haya de ser poco discreto hacer ocupar á éste su tiempo en recibirla, ó que aquel no pueda detenerse por impedirselo premiosas ocupaciones ú otro motivo igualmente justificado. En esto deben guiarnos muy especialmente los usos recibidos en cada país, y aun los que sean peculiares á cada gremio social: entre agentes diplomáticos, por ejemplo, la primera visita que se hacen se ve con frecuencia reducida á la fórmula indicada.

VII

Las visitas que segun los párrafos x y xi de la seccion 3ª del art. 3º, debemos hacer á nuestros parientes y á las demás personas que allí se indican, para participarles que vamos á tomar estado, no solo deben hacerse en persona, sino que no son válidas cuando no llegamos á ser recibidos.

VIII

Las visitas de ofrecimiento por haber mudado de estado ó de habitacion, ó por el nacimiento de un hijo, se hacen generalmente por tarjeta; pero un caballero que muda de habitacion las hace siempre en persona á sus amigos vecinos.

IX

Las visitas de ofrecimiento al llegar á un nuevo domicilio, se hacen indiferentemente en persona ó por tarjeta; pero siempre en esta segunda forma, á aquellas personas con quienes no se tiene amistad (párrafo xv, seccion 3ª del art. 3º).

X

Todos los demás ofrecimientos que puedan ocurrir los haremos en persona ó por tarjeta, segun que por la mayor ó menor entidad de los accidentes que les den origen, sea ó no natural ó indispensable que tributemos á los que han de recibirlos el homenaje de presentarnos personalmente.

XI

Las visitas que tengan por objeto pagar las de ofrecimiento se harán precisamente en persona, aun cuando aquellas hayan sido hechas por tarjeta.

XII

Las visitas de felicitacion se hacen y se pagan en persona. Mas respecto de las de cumpleaños, tan solo estamos obligados á hacerlas en esta forma á las personas con quienes llevemos estrechas relaciones de amistad, y á aquellas á quienes, por consideraciones de cualquiera otro órden, sea propio y natural que tributemos el obsequio de felicitar personalmente: las demás pueden hacerse indiferentemente en persona ó por tarjeta.

XIII

Las visitas de sentimiento se hacen y se pagan en persona. Sin embargo, cuando se trate de un enfermo grave, y no estemos llamados á rodearle ni podamos prestarle ningun servicio, haremos estas visitas por tarjeta, ó bien en persona dejando nuestra tarjeta sin anunciarnos (párrafo v, seccion 4ª del art. 3º). Es conveniente que pongamos la fecha en las diferentes tarjetas que pasemos á la casa de un enfermo grave, pues de este modo quedará perfectamente comprobado nuestro interes por su salud, y el cuidado en que hayamos estado durante su gravedad.

[Continuará.]

El jóven y el anciano.

[FABULA.]

Enseñadme á hacer fortuna,
Decia á su padre un hijo.
—Trabaja, el padre le dijo.
—Esa es leccion importuna,

Replicó el mozo: en la tuna
Sé muchos que la adquirieron.
—Porque á intrigar aprendieron.
—Padre, es carrera muy vil.
—Pues sé tonto, que así mil
Toda su fortuna hicieron.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

BELTRAN DU GUESCLIN.

El célebre guerrero condestable de Francia, Beltran du Guesclin, estuvo muy léjos en los primeros años de su vida de dar indicios de la sabiduría, valor y grandeza de alma que le habian de distinguir en lo sucesivo. Sus inclinaciones naturales eran tan perversas; que no solo inquietaba y maltrataba á otros niños de su edad, que siempre huian al verle, sino que tenia aterrados á sus mismos hermanos, en lugar de protegerlos como el primogénito de todos. Tenia talento para aprender, pero le faltaba la voluntad, por lo que su profesor, viendo que perdía el tiempo y el trabajo, hubo de abandonarle, y así llegó á una edad muy crecida sin conocer siquiera las primeras letras. Agregábase por último, la natural fealdad de Beltran y el desaliño de su traje, así es que todos evitaban su compañía.

Hasta sus padres, á pesar de que los padres son siempre los últimos á reconocer las faltas de sus hijos, no podian ménos de lamentarse del incorregible carácter de Beltran. Su madre no hacia mas que llorar, pesarosa de haber dado á luz un ente semejante, y su padre, que era un valiente y leal caballero, solia decir con frecuencia:

—Hé aquí un muchacho que hará poco honor al nombre que heredó de sus mayores. Si ha de mancillar el nombre de sus padres, como sus malas disposiciones prometen, mas valiera que se hubiese muerto al nacer.

Sin embargo, no fué así, y el cambio que hubo en la conducta de Beltran manifiesta cuál es el poderío de una voluntad enérgica, así que ha resuelto corregir sus defectos y cambiar el carácter.

Un dia en que á consecuencia de la mala conducta del niño, le estaba su madre reprendiendo ásperamente, llegó de improviso al castillo una buena religiosa de las inmediaciones, llamada la hermana Marta, en la que por su talento y su piedad tenia depositada toda su confianza la madre de Beltran. Hallábase éste medio escondido en un rincon, de resultas de la escena que acababa de pasar, y la hermana, que no le habia visto hasta entónces, pues cuando llegaba gente tenia cuidado de llevarse á Beltran ántes que hiciese una de las suyas, le llamó, le hizo algunas caricias y preguntó:

—¿Qué muchacho es este al que yo no he visto hasta ahora?

—¡Ah! señora, es mi hijo; mi hijo primogénito, contestó casi ruborizada la dama du Guesclin.

—¡Sin duda que será muchacho de provecho! Así á lo ménos lo revela la interesante expresion de su fisonomía.

—¡Pluguiera al cielo que así fuera! exclamó la desconsolada madre; pero sucede precisamente todo lo contrario: no tiene aficion mas que á hacer daño, y tarde ó temprano ha de deshorrar á la familia.

—De ningun modo, replicó la hermana Marta, si ahora no es muchacho de provecho, lo será en lo sucesivo. Es un poquito feo, es verdad, pero la belleza de su carácter hará olvidar la fealdad de su rostro. Hay en la fisonomía de este niño una expresion que revela á no dudar, que será algun dia hombre ilustre y uno de los mas célebres capitanes de este siglo.

Las palabras de la buena religiosa hicieron tanta impresion en Beltran, que desde aquel mismo momento escuchó con docilidad las reprensiones así de ella como de su madre, y empezó á dar muestras de la mudanza completa que iba á verificarse en su carácter. Ya no era aquel niño indócil y testarudo que armaba quimera con todo el mundo, ni tampoco aquel muchacho desaliñado y brutal que mas parecia un pillo que el hijo de un caballero; era por

el contrario un niño atento, dócil, que procuraba aprender y manifestaba deseos de hacer olvidar á sus padres las pesadumbres que les habia causado. El señor du Guesclin, que se hallaba ausente del castillo, se quedó tan sorprendido como gozoso á su regreso por la novedad que en él hallaba. Con grande alegría de su corazón se encargó él mismo de instruir á su hijo en la equitación, en el manejo de la lanza y la espada y en todos los ejercicios en que entónces se adiestraba un noble caballero, quedando bien pagado de su trabajo, al ver la asombrosa facilidad con que su hijo adelantaba.

—Ya mi hijo, exclamaba, merece todo mi cariño. Ya se manifiesta digno de su nombre.

En cuanto á la madre, no cabía en sí de gozo, y no dejaba de dar gracias á Dios por tan feliz transformación; y como un día no pudiese ménos de manifestar á su hijo el asombro que esto le causaba, Beltran respondió con una sabiduría superior á sus años:

—El fruto que nunca madura, nunca vale nada; pero el que madura aunque tarde, siempre es bueno.

Así es como el niño Beltran du Guesclin supo corregir sus defectos y adquirir aquel renombre que le ha perpetuado en la historia.

AMPHINOME.

En ciertas ocasiones, por dicha no muy frecuentes, la superficie de la tierra se conmueve y con repentino y brusco sacudimiento hace que se desplomen altas montañas, se abran profundas cavidades, se retiren ó avancen las aguas de los mares: si esto sucede con las obras de la naturaleza, con mayor razón perecerán las deleznable de la industria humana. Un solo minuto basta para echar por tierra edificios y ciudades enteras, como se vió en el terremoto de Lisboa en 1755, en el de la Martinica y en el de Orihuela. Se atribuyen los terremotos á los fuegos subterráneos que contiene el globo terrestre, cuyos gases, queriendo romper la cubierta que los comprime, escapan al fin por alguna de las cavidades de la tierra, conmoviendo cuanto encuentran hasta salir á la superficie.

Catana, ciudad de Sicilia, fué en los tiempos antiguos arruinada por uno de esos violentos terremotos que acompañan á las erupciones de los fuegos subterráneos del Etna. El día que sucedió tan horrible catástrofe, todos los habitantes despavoridos procuraban salvarse de las ruinas y el incendio, llevando consigo sus riquezas ó á lo menos los objetos mas preciosos. Dos hermanos hubo allí que no quisieron salvar mas tesoro que sus padres, ancianos y sin fuerzas para librarse por sí mismos del peligro. El varón tomó á su padre sobre los hombros y lo mismo hizo su hermana con la madre, atravesando con fuerza sobrenatural por entre las llamas que parece respetaban su preciosa carga y llegando por fin á ponerla en salvo. Aun se conserva en Catana memoria de este suceso celebrado por los poetas antiguos, y en memoria del cual se levantaron estatuas. El nombre del mancebo no ha llegado hasta nosotros, pero el de su hermana se ha transmitido de generación en generación, y consta que se llamaba *Amphinome*.

ENEAS.

Cuando el fuego, elemento terrible y devastador invade las casas y aun las poblaciones, adquiriendo cada vez mas fuerza y violencia, es una de las mas irremediables calamidades que pueden afligir á la humanidad. Crece, se dilata, y reduciendo á cenizas el edificio donde tuvo origen, invade los inmediatos, y aumentando su furor por momentos, las llamas suben hasta las nubes con un ruido como el de un torrente que inunda una campiña: el viento las alimenta y las empuja donde mas se ceban y el cielo todo presenta el reflejo sombrío de un volcan. La resistencia es inútil, todo un pueblo huye aterrado por las calles y plazas públicas, poblado el aire con gritos de terror y desesperacion. Los edificios mejor contruidos se desploman, y cuando el fuego al fin no encuentra donde saciarse, solo quedan á la vista escombros calcinados, cenizas humeantes, plomo derretido, la ruina y la desolacion por todas partes.

Tan espantosos pormenores de un incendio se vie-

ron reproducidos con toda su fuerza en la noche cruel de la destruccion de Troya. Histórica se ha hecho aquella calamidad que redujo á cenizas una ciudad entera, sin que nadie hiciese esfuerzos para remediarla. Ni aun las vidas de sus conciudadanos excitaban el interes de aquellos habitantes que huían llenos de consternacion; y en medio de tal abandono, yacia solo en su lecho en una habitacion rodeada de las llamas un anciano enfermo, sin fuerzas para huir ni para reclamar auxilio. Un intrépido jóven, sin embargo, se ve atravesar por el pórtico inundado de llamas y desaparecer entre las ruinas. Parece que vá á una muerte cierta; sin embargo, á poco aparece entre las llamas y el humo, trayendo sobre sus espaldas á aquel anciano, desvalido, casi moribundo. Era éste *Anquises*, salvado por su hijo *Eneas*, que mereció desde entónces el renombre de piadoso.

Los monos y el leopardo.

(FABULA.)

—¿Adivina quien te dió
En cierto bosque jugaban
Muchos monos. Un leopardo
Llevado de la algazara,
Dejó al punto su caverna,
Y se acercó donde estaban.
Nuestros monos que le vieron,
Ira de Dios! ¡cuál temblaban!
Seguid la gresca, les dice
El leopardo con cachaza,
Que, lejos de haceros daño,
Vengo, por una humorada,
A jugar hoy con vosotros.
—Señor, dicen, bondad tanta
¿Cuándo nuestra monería
Mereció de su monarca?
—Tambien, replicó la bestia,
A mi majestad alcanza
La sana filosofía;
Y esta señora es tan llana,
Que á todos nos hace iguales.
—Sea enhorabuena, exclaman
Los monos, y siga el juego,
Pues vuestra alteza lo manda.
Sentóse muy circunspecta
Una mona jubilada,
Y entre sus rodillas otra
Escondió luego su cara,
Volviendo una de las manos,
Segun costumbre, á la espalda.
Llega el leopardo, la dá
Con dulzura una palmada,
Y la hace saltar la sangre;
Pero la mona taimada,
Sin atreverse á decir
Quién habia sido, calla,
Y se escurre poco á poco,
Con la industria necesaria.
Las demas ya prevenidas,
Siguen sus mismas pisadas
Diciendo entre sí: ninguno
Juegue, ni siquiera en chanza,
Con superiores, que al fin
Siempre lastiman sus garra.

EL CASTILLO DE NAIPES.

Rafael, habiendo encontrado un día una baraja abandonada sobre una mesa, se entretenía en ahuecar un poco las cartas, de modo que se pudieran tener derechas unas tras de otras, para divertirse en ver cómo caía toda la fila, en virtud del impulso comunicado á la primera carta.

Después fué formando con los naipes tiendas de campaña, y por último, se le ocurrió levantar un soberbio castillo. Empezó, pues, su obra, poniendo en ella el mayor cuidado, y con ánimo de apurar en ella toda la baraja, pues el castillo habia de constar de tres cuerpos. Ya tenia formado el primero y segundo á toda su satisfaccion, ya estaba aplicando con el mayor tiento las cartas del tercero para que no se desbaratase la obra, cuando..... ¡triste suerte de las cosas humanas! Toda aquella máquina vino

al suelo al impulso violento de un soplo que dió oy no sé quién, por encima del hombro de Rafael.

Volvióse éste con impaciencia al ver desbaratada su obra, y aunque se encontró con su papá, que era el autor de la catástrofe, no pudo disimular la pesadumbre que ésta le causaba. Su padre, sonriendo, le dijo:

—Mira, hijo mio, lo mismo que tu castillo son las obras de los hombres, esos monumentos con que tanto se envanecen, y esos famosos proyectos, que todo ello el viento se lo lleva.

Rafael no estaba en aquel momento para filosofías, y recogía sus cartas refunfuñando, por lo que su papá, deseoso de evitarle aquella pena, ó de realizar lo que tal vez se habia propuesto al dar el soplo, fué á buscar una caja de madera de mediano volúmen, la que colocó delante de su hijo. Corrió éste la tapa, y se halló con una multitud de pedacitos de madera de varios tamaños y distinta figura. Los habia cuadrados, cuadrilongos, triangulares y redondeados; éstos tenían filetes y molduras á modo de cornisa, y habia tambien algunas columnillas. Todos los pedacitos eran de madera fina, muy lisos y pulimentados.

—¡Ah! papá, ¿para qué es esto?

—Eso es para que construyas edificios mas elegantes, y sobre todo, mas sólidos que tu famoso castillo de naipes. Combinándose estos maderitos y colocándose unos sobre otros, se forman fachadas, casas, torres, templetos y otros edificios vistosos y variados. Todo consiste en tener idea, y en ajustar los modelos á obras de arquitectura que nos sean conocidas. Pero antes de inventar, se debe copiar, y para eso sirven estos dibujos que hay aquí, dispuestos de modo que los monumentos y edificios que representan, puedan copiarse de bulto, por medio de la coleccion de maderas, y por eso se dá á esta caja el nombre de *Juego de arquitectura*.

Con ayuda de los dibujos empezó á ensayarse Rafael, consiguiendo levantar torres, obeliscos y castillos, colocando los maderitos segun las líneas del original, y pasando luego á formar combinaciones de puro capricho. Quedó tan satisfecho de su obra, que no volvió á acordarse del castillo de naipes; y particularmente en los primeros días, no habia quien le separase de su caja favorita. Su satisfaccion fué mayor, cuando vinieron sus amiguitos á tomar parte en la diversion, y á admirar su habilidad, no ménos que la buena mamá, á quien cada combinacion artística de aquellas, le parecia un milagro de habilidad de su hijo.

El bailarín de cuerda.

(FABULA.)

A bailar en la maroma
Cierta mozuelo aprendía
Con aplicacion tan grande,
Que al cabo de pocos días
En aquel camino estrecho
Con una gracia corria,
Daba vueltas, se elevaba,
Y en la maroma caía
Tan derecho y tan ligero,
Que verlo era maravilla.

Ya engreído el mozalvete

Con su destreza adquirida,
Dijo: ¿para qué este palo,
Si su pesadez me quita
La gracia y agilidad?

Vaya enhoramala, y sirva

A un principiante, que yo

Soy maestro y me denigra.

Tira el palo con efecto:

Va á andar y sus piés vacilan;

Extiende los brazos, pierde

El equilibrio, y con risa

De los circunstantes dá

En el suelo de costillas.

Quien en cualquiera materia

A andar sin reglas aspira,

Dará, como el bailarín,

Una afrentosa caída.

¡Jóvenes, en la memoria

Tened esta fabulilla!